

RESEÑAS

Anthony Giddens, Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas, Madrid, Editorial Taurus, 2000, 117 pp.

Hace poco me encontré con una reseña de este libro y el resultado no era positivo. Se hacían fuertes críticas porque no era riguroso, por su superficialidad y por no satisfacer los esquemas de una izquierda que después de la caída del Muro de Berlín se ha extraviado entre remordimientos y amargura. Esta crítica, que por supuesto no comparto en lo más mínimo, me llevó a leer el libro y a encontrar ideas sugerentes. Creo que no me equivoqué. La virtud más importante de Giddens, en esta fase de ensayista y conferencista, es abordar temas polémicos y nuevos con una mirada de aproximaciones amplias y un desarrollo de supuestos de una forma muy libre, tanto como lo permite una charla. El resultado es que logra tratar temas profundos con un estilo sencillo. Este pequeño libro lleno de ideas frescas surge como una serie de conferencias para la BBC durante 1999 en Londres. De esta forma, no sobra señalar que hay que tomar en consideración su género.

El autor, uno de los sociólogos más importantes en la actualidad, nos presenta una reflexión organizada en cinco partes, y en cada

una desarrolla un conjunto de tesis derivadas de un planteamiento mayor, que se encuentra en la parte introductoria del libro. Según tal idea, a diferencia de lo que se imaginaron algunos clásicos de las ciencias sociales como Marx y Weber, cuando pensaron que el mundo caminaría hacia un orden mayor, más predecible y sobre todo, con mayor control, estamos experimentando, por el contrario, al final del siglo xx y al inicio del siglo xxi, una serie de cambios y transformaciones que nos han llevado a un “mundo desbocado”, en palabras del autor, es decir, a situaciones de riesgo, cambios sustantivos en nuestra vida cotidiana, en la sexualidad y las relaciones familiares. Al mismo tiempo, las relaciones cosmopolitas, que surgen con la globalidad, se enfrentan a las tradiciones y a los fundamentalismos, y las formas de la democracia necesitan replantear sus alcances mediante la incorporación de la dimensión global. En suma, el autor nos ofrece las problemáticas no económicas que conlleva la globalización, esa nueva “manera en la que vivimos ahora”.

Cada uno de los cinco capítulos del libro trata un tema que se enuncia con una sola palabra: globalización, riesgo, tradición, familia y democracia. Una forma de invitar a la lectura del texto puede ser mediante el señalamiento de algunas ideas interesantes para profundizar. Frente a la globalización, nos dice Giddens, hay dos grupos, los radicales y los escépticos, los primeros hacen una descripción del mundo actual, la creciente presencia del mercado, la pérdida de soberanía de los Estados; en cambio, los segundos, la vieja izquierda, consideran que eso de la globalización es más un mito que una realidad; no sobra aclarar que Giddens está de acuerdo con los primeros. El fenómeno de la globalización está generando instituciones “concha”, que han cambiado en forma considerable por dentro, a pesar de que conservan una apariencia similar por fuera.

El siguiente capítulo se refiere a las sociedades de riesgo. El concepto queda bien definido: no se trata de amenaza o peligro, sino de las posibilidades de futuro. “El riesgo es la dinámica movilizadora de una sociedad volcada en el cambio que quiere determinar su propio futuro en lugar de dejarlo a la religión, la tradición o los caprichos de la naturaleza” (p. 36). Este concepto de riesgo está vinculado con las ideas de modernidad y de cálculo, con esa dinámica que moviliza ahora a las economías globalizadas y a las sociedades activas e innovadoras. Este planteamiento

se ve desde las dimensiones de lo externo y lo interno, porque hoy en día son tantos los riesgos internos con los que convive la sociedad globalizada, que suelen rebasar a los riesgos externos, los de la naturaleza. Pero no hay separaciones rígidas porque la ecología, la amenaza nuclear o las crisis financieras, forman parte de un mundo que ha sido afectado de manera importante por el mismo desarrollo.

Del riesgo pasamos a la tradición, que para Giddens sólo existe como tradiciones inventadas que no permanecen impenetrables al cambio. El análisis de la mecánica de la tradición funciona sobre dos pistas, el ritual y la repetición. La tradición es cuidada y reproducida por “guardianes”, que son los únicos con la autoridad para interpretar esos rituales. Con la globalización tenemos cada vez más, dice el autor, sociedades que viven después de la tradición. Al analizar dos parejas opuestas de conceptos, autonomía de la acción versus compulsividad y cosmopolitismo versus fundamentalismo, llega a un viejo problema, el de tradición y modernidad, pero de una forma más compleja. Después de todo el recorrido por estas tensiones a las que se enfrenta la globalidad que ha radicalizado los localismos, Giddens llega a una pregunta clave, que es un desafío de las tradiciones a la modernidad: “¿podemos vivir en un mundo en el que nada es sagrado?” (p. 62), y la respuesta es negativa.

El cuarto sitio lo ocupa la familia. Los cambios más radicales se encuentran en el espacio de la vida privada. La igualdad de los sexos, el ejercicio libre de la sexualidad, la pareja al margen del matrimonio, la integración de familias fragmentadas, los matrimonios que se construyen sobre las bases de la comunicación y de la intimidad; el desprendimiento del viejo modelo familiar, que era parte del paisaje natural, y la llegada de valores y prácticas de igualdad que han llevado a lo que, en palabras de Giddens, es “la posible emergencia de lo que llamaré una democracia de las emociones en la vida diaria” (p. 76).

Al final del recorrido está el último tema, la democracia. Después de puntualizar lineamientos muy generales sobre cómo entenderla, el autor empieza a tratar la paradoja actual: cada vez se extiende más, pero cada día es mayor la desilusión. Los políticos tienen una credibilidad decreciente. El proyecto y la tesis de Giddens es como un trabalenguas; señala que hay que “democratizar la democracia”, volverla transnacional, entablar nuevos vínculos entre partidos políticos y movimientos sociales, desarrollar una fuerte cultura

cívica, construir una “democracia de las emociones”, porque sólo así se podrá acceder a una tolerancia real. Además, los desafíos de la globalización, los cambios tecnológicos, las crisis financieras, la destrucción de la ecología del planeta, dejan fuertes “déficits democráticos” que necesitan de una nueva institucionalidad entre los países, como sucede con la Unión Europea, la cual está intentando establecer un gobierno transnacional.

El autor presenta al final un planteamiento optimista y otro pesimista. El primero es más bien un deseo: la democracia puede ser una base firme que se desarrolle gracias a los cambios estructurales que ha experimentado la sociedad mundial; el segundo es lo que vemos todos los días, las democracias son fuertes donde hay condiciones propicias y son muy frágiles en países que todavía dirimen sus diferencias con balas o sufren de tanta pobreza, que no alcanzan a tener sociedades mínimamente articuladas y fuertes. Pero todo eso quizá pueda formar parte de otro libro que tal vez pronto escriba Giddens para contarnos dónde ha desembocado este mundo desbocado.

Alberto Aziz Nassif*

* Investigador del CIESAS, México.